

LAS ORILLAS DEL TAKLAMAKAN

Mirando sus caras no diría que aquellas gentes vivieran excesivamente impresionadas por la enorme pujanza de la economía en el mundo que habitaban.. No tenían aspecto de que les importara demasiado que el crecimiento económico anual fuera superior al 9% o que los ingresos financieros del último año hubieran superado los 10 billones de yuanes. Tampoco parecía inquietarles, caso de que tuvieran información, su pertenencia (al menos administrativamente) al segundo país del mundo en emisiones de dióxido de carbono.

Parecían gente tranquila y caminaban sin prisas por las estrechas y empedradas calles de la vieja ciudad de Kucha que, a primera hora de la tarde y con un calor tirando a terrible, permanecían casi desiertas. De vez en cuando algún carro tirado por un burrito pasaba dibujando sombras sobre el suelo, bajo un cielo intensamente azul. Algunos debían de funcionar a modo de transporte público. Hombres, mujeres, niñas y niños, se sentaban apretujados en una plataforma de madera, cubierta con una manta o una tela, dejando que las piernas colgaran hacia el asfalto (o tierra, según la zona). Circulaban lentamente entre las casas de una sola planta, de ladrillo o adobe, en un silencio sólo roto por los juegos de los chiquillos que, por no haber llegado aun a la edad escolar, se podían permitir corretear a esas horas junto a las casas al abrigo del sol.



La enorme plaza en el centro de la ciudad nueva era un ir y venir de gentes, carros, motos y autobuses. Los bajos de los edificios que la circundaban eran una sucesión de pequeñas tiendas donde se podía encontrar fundamentalmente vestimenta y cacharrería. No faltaban, por supuesto, las colecciones de gorros uigures. El exterior estaba abarrotado de motocarros convertidos en puntos de venta que ofrecían, brillando al sol,

hermosas sandías, plátanos, especias, patatas y sabrosas tortas de pan de diferentes tamaños.

En un rincón, junto a la mezquita, un grupo de hombres charlaba animadamente. No parecían demasiado jóvenes en su mayoría, y todos lucían unas cuidadas barbas, algunas ya blancas, y los gorros uigures, casi todos negros o azules, adornados con bordados de colores.

A medida que pasaba la tarde la luz iba bajando y la plaza se iba llenando. Niñas y niños que habían terminado las tareas escolares se incorporaban, con el griterío propio de la edad, añadiendo más sonido y color al extenso recinto. Era también el momento en que las mujeres acudían a comprar. Todas iban ataviadas con pañuelos de colores y tenían la mirada franca y la sonrisa fácil.



Saliendo de la plaza, en una calle adyacente, había un local de comidas que, según nos habían comentado, era muy popular en la ciudad. Al entrar, una tenue luz apenas dejaba adivinar la longitud de la estancia, y un acre y fuerte olor a grasa de oveja te sacudía como un sopapo. Una vez acostumbrados los ojos a aquella luz (la nariz trataba también de acostumbrarse al intenso aroma), se podían distinguir con más nitidez las mesas y los comensales envueltos en la ligera humareda y el vapor que desprendían sus platos de asado, y se podían descubrir las paredes profusamente decoradas con escayolas y dibujos paisajísticos. Nos sentamos alrededor de una mesa para tomar los yogures que nos habían recomendado y que realmente nos parecieron exquisitos. Sentados allí podíamos observar el ir y venir de los clientes, cómo se levantaban al terminar la comida para dejar su lugar a otros que ocupaban inmediatamente las sillas, que aun conservaban la tibieza de los anteriores ocupantes. También nosotros nos sentimos observados, en justa correspondencia, cuando entre bocado y bocado dirigían sus poco disimuladas miradas hacia nuestra mesa.

Estaba oscureciendo cuando salimos. Cruzando un gran arco de hormigón enfilamos una larguísima avenida que partía desde la plaza. Era un interminable pasar de caminantes, carros y motos. La gente se movía sin demasiada prisa. Simplemente disfrutaban del paseo, intercambiándose saludos al cruzarse y formando, aquí y allá, pequeños grupos que permanecían conversando sobre las aceras o en sus orillas, bajo las farolas que poco a poco se iban encendiendo proyectando una discreta luz.

Kucha, al sur de la cordillera del Tianshun, en la rama norte de la Ruta de la Seda es uno de los oasis que delimitan la orilla norte del desierto de Taklamakan. Desierto que, en un tiempo fue considerado el más temible de todos los desiertos y se asegura que engullía caravanas enteras; caravanas que se adentraban en sus arenas perdiéndose todo rastro de ellas. La sensatez obligaba a rodear el inmenso arenal para cubrir la distancia entre las ciudades del norte y el sur.

El arqueólogo sueco Hedin en una expedición en 1895, demostró que cruzar el Taklamakan, en lugar de rodearlo por sus extremos, era posible, aunque extremadamente peligroso.



Para nosotros cruzar el Taklamakan, de norte a sur, no supuso peligro alguno, ni siquiera la más mínima aventura.. Un pequeño y viejo autobús nos transportó por una carretera, más o menos asfaltada, que discurre junto al cauce seco del río Khotan.. En sus bordes, a ambos lados, unos cuadriláteros contruidos con palos y cañas se esfuerzan por poner a salvo la carretera, deteniendo el avance de las cálidas arenas que reivindican su natural espacio. A través del cristal, no demasiado limpio, de la ventanilla, miraba con un punto de desilusión, el paisaje del mítico desierto en una travesía absolutamente carente de emoción .

A modo de premio de consolación, un par de veces a lo largo de la ruta se nos permitió un alto en el camino y tuvimos ocasión de adentrarnos en aquellas arenas, salpicadas de pequeños arbustos, y caminar por las suaves dunas.

Efímero pero agradable fue desaparecer por un rato , perdiendo de vista el asfalto, sin oír otra cosa que no fuera el viento. Sin atisbar más vida que la de una pequeña salamandra que se cruzó en mi camino. Más bien yo en el suyo; no tengo duda de que aquel camino era el suyo..Se desplazaba a saltos sobre la arena. Me paré a observarla y ella se detuvo también. La contemplé un rato. Ella, inmóvil, parecía mirarme también. Después de unos minutos emprendió nuevamente su marcha. Se alejó saltando, sin tocar prácticamente la arena con sus patas, sin dejar apenas rastro de su paso..

En un momento parecía haber cambiado el mundo y pude sentir la ilusión de vivir el Taklamakan. La mirada podía llegar lejos tras las onduladas arenas que el sol de la tarde transformaba en un mar dorado. Era tiempo de contemplar, imaginar y soñar.

Imaginé a Hedin, (algo había leído sobre su expedición) arrastrándose, casi exhausto, llegando al borde de un pequeño lago junto al lecho de un río. Cuenta que, habiendo saciado su sed, llenó sus botas de cuero con agua y, tambaleándose, pudo llegar junto a su amigo que yacía moribundo para darle de beber el contenido de aquellas botas con las que había caminado tantos días...

Emoción si ,pero he de confesar que me sentí aliviada sabiendo que me esperaba una botella de plástico con agua a mi vuelta al autobús.

Las olas del Taklamakan llevan sus arenas, por el sur, hasta la ciudad de Khotan .. Otro oasis en la Ruta de la Seda, importante centro budista en la antigüedad, lugar clave de fascinantes descubrimientos arqueológicos, territorio célebre por la seda, las alfombras y el jade.

La mañana de aquel domingo de mayo se había despertado calurosa. El gran mercado semanal se extendía por las vastas avenidas de la zona nueva, invadiendo además gran parte de la ciudad antigua. Por las aceras se desparramaba, sin dejar hueco alguno, el colorido bazar dispuesto a satisfacer la más variada demanda. Escobas, utensilios de hojalata, frutos secos y sandalias de plástico convivían amigablemente sobre las cálidas aceras. Las callejuelas perpendiculares que se adentraban en la parte antigua eran una sucesión de pequeños establecimientos, con los frentes abiertos a modo de un gran escaparate , dedicados en su totalidad a tejidos y mobiliario. Allí se podía hacer una un traje a medida, comprar alfombras y cortinas para decorar la casa, o una cunita para el bebé (curiosas cunas con un orificio en la base de madera cuya utilidad nos pareció más que dudosa) . Espectaculares las colecciones de pañuelos de seda *atlas* y divertidas las mantas de colores chillones. Se podía pasar mucho tiempo curioseando entre las telas y los más variados elementos decorativos.. Además, en aquellas calles estrechas el mercado se cubría con grandes lonas y era un alivio poder sustraerse a los potentes rayos solares. Saliendo a otra avenida volvías a toparte con más aceras repletas, , esta vez de frutas, seguidas de los pavos, los patos y las gallinas, más allá las especias, los cálidos edredones de mil colores y las palanganas y embudos de plástico de todos los tamaños y colores imaginables.. Todos los vendedores, y prácticamente la totalidad de los compradores eran uigures. Indefectiblemente ellos llevaban gorro y ellas pañuelo. Acudían familias enteras, probablemente muchas llegadas de pueblos más o menos cercanos. La venta se prolongaría todo el día y habían improvisado, aprovechando algunos arbolillos, aéreos y balanceantes lechos para los más pequeños que, ajenos a la actividad y el ruido de los mayores, dormitaban plácidamente en la cálida sombra que les proporcionaba la lona o el plástico de un improvisado techo.



Todo era color y calor en el mediodía de Khotan.

Nos habíamos parado a descansar un momento. Las horas que llevábamos recorriendo el mercado, el sol implacable, el agobio de movernos entre tantísima gente, nos estaban provocando una sensación de cansancio que era conveniente mitigar antes de volver a sumergirnos en la fascinación del inmenso bazar.

Apoyadas en la pared de un edificio, mirábamos, divertidas, las peripecias de dos niños a corta distancia de donde nos encontrábamos. El mayor apenas habría sobrepasado los tres años. Se chupaba el dedo pulgar de su mano izquierda. Con la otra agarraba una cuerda con la que arrastraba un pequeño taca-taca de plástico azul que parecía haber conocido tiempos mejores. Embutido en el artefacto azul iba un chiquillo que probablemente estaría rozando su primer año de vida., pertrechado con un gorrito de lana y un chupete que succionaba con fruición. El niño mayor tiraba con todas sus fuerzas de la cuerda obligando al pequeño a desplazarse a una velocidad de vértigo, sin llegar prácticamente a tocar el suelo con la punta de sus pies. Su cara, con aquellos ojillos que delataban más terror que divertimento, era todo un poema. Guadi y yo nos desternillábamos de risa sin perder detalle de aquel inesperado espectáculo.

Un motocarro estacionado sobre la acera se interpuso entre las dos criaturas. El mayor de los niños, sin conciencia de dificultad ni riesgo y, seguramente extrañado y contrariado al no ver aparecer el taca-taca ante sus ojos, redoblaba los esfuerzos para tirar de la cuerda mientras el pequeño se iba empotrando en la parte trasera del motocarro. Tenía la cabeza atrapada en la carrocería y un cierto espanto se iba dibujando en su cara. Comenzaba a llorar a gritos cuando acudimos a socorrerle.

Los dos chiquillos, asustados, buscaron refugio entre las faldas de su madre que, a pocos metros, cocinaba unos fideos en un pequeño carro pintado de azul, protegido con una sombrilla roja. El puesto era pequeño y a mí me recordó los carritos de los helados de mi infancia. Estaba rodeado de unos bancos de madera que, a esas horas del mediodía, estaban abarrotados de gente que, con un tazón en una mano y los palillos en la otra, concentraban su atención en la degustación de los fideos. Levantaron la vista de los humeantes tazones cuando nos vieron llegar junto a los niños. Nos miraron con

curiosidad y algunos nos sonrieron a modo de saludo. Después volvieron a centrar su atención en su almuerzo, desviando de vez en cuando la mirada para seguir observándonos..

La joven madre no tenía en ese momento mucho tiempo para ocuparse de sus hijos. Era la hora de la comida en el día de mercado semanal. La conciliación de la vida laboral y familiar también debe de ser complicada para las mujeres uigures al sur del Taklamakan. Así que, tras secar las lágrimas al hijo más pequeño y hacer alguna recomendación al mayor, los dejó marchar nuevamente a seguir dando pasos en el mercado de la vida.



A menudo me viene a la memoria aquel episodio del mercado dominical de Khotan. Siempre lo recuerdo con ternura y no puedo evitar una sonrisa. A veces me pregunto qué habrá sido del pequeño uigur, aprendiz de pasos. Espero que haya sobrevivido a los motocarros del mercado. Alguna vez he tratado de imaginar su futuro ; quizás tome el relevo a su madre y acuda semanalmente al mercado con su carrito de fideos y su gorro uigur. O puede que abandone las arenas del Taklamakan para recalar en paisajes más amables depositando en el olvido su identidad, su tierra y su lengua turcomana. Imposible saber nada del pequeño y entrañable personaje que se incorporó a mi memoria aquel domingo de mayo. Pero cuando lo encuentro en mis recuerdos, con su gorrito de lana y su chupete, me paro ante el destartalado taca-taca de plástico azul, y, antes de que desaparezca veloz de mi vista , le deslizo un consejo : pequeño uigur, aprende a caminar para que nadie te arrastre .

Es difícil, pero tal vez, quién sabe, si el niño de Khotan ha podido escuchar alguna vez, junto a su oído, una voz extraña en algún caluroso domingo entre el gran ruido del inmenso mercado.